

Sobre la Emancipación de la Mujer

**Recuerdos Sobre Lenin
(Fragmento)**

Por Clara Zetkin

Presentación

A través de la historia la mujer se ha hecho partícipe de los grandes cambios sociales, en la presente etapa del desarrollo de la humanidad, es la primera vez que las mujeres trabajadoras, al igual que los productores directos en general, pueden propender por su liberación de una manera clara, precisa, sabiendo cómo y para dónde van.

*Los grandes avances de la tecnología obligaron la participación de la mujer en los distintos campos de la producción, la ciencia y la política y por ende, contribuyeron enormemente a su desarrollo moral y espiritual, al punto que la moderna sociedad ha declarado la **Igualdad** entre los sexos; mas esta igualdad, mientras subsista la propiedad privada sobre los medios de producción y el trabajo asalariado, es meramente formal y jurídica; en verdad la sociedad moderna no ha liberado a las mujeres del trabajo doméstico y de la sujeción a los hombres. Pese a todo, al vincular a las mujeres a la producción social les brinda la posibilidad de la independencia económica, las une a los demás trabajadores, amplía sus horizontes más allá de la cocina y el lavadero, haciendo inevitable su participación activa en la liberación de la sociedad.*

Esta publicación es un documento histórico dedicado no solo a las mujeres, sino al movimiento obrero

en general. En él podrá observarse la diferencia entre el camino que le ofrece a las mujeres la “liberación femenina” que enarbola la burguesía y la Liberación que defiende el movimiento obrero. Dos corrientes que se disputan al ejército femenino o bien para que todo siga como está, o bien para cambiar radicalmente la condición de los trabajadores y sobre todo de las trabajadoras. O el feminismo que distrae a las mujeres de su papel en la transformación de la sociedad, o la Liberación de la mujer como parte de la Emancipación de la clase obrera.

El folleto muestra en vivo, con el ejemplo concreto de la revolución obrera en el país de los sóviets, y con la experiencia de esos días en Alemania, la importancia histórica del papel de la mujer trabajadora en la transformación revolucionaria de la sociedad y los errores de distinto carácter en que pueden caer las fuerzas que pugnan por dirigir el movimiento al concentrar sus esfuerzos, no en el aspecto clave de toda la problemática actual: el poder del Estado; sino en uno u otro aspecto secundario de la compleja problemática de la mujer.

Las notas de Clara Zetkin siguen teniendo plena vigencia hoy, y constituyen un valioso legado del movimiento obrero internacional para conquistar a los millones de mujeres que el capitalismo imperialista ha lanzado al ejército de sus sepultureros.

Los Editores

Marzo de 2011

Sobre la Emancipación de la Mujer

Recuerdos Sobre Lenin (Fragmento)

El camarada Lenin habló conmigo repetidas veces acerca de la cuestión femenina. Evidentemente, atribuía al movimiento femenino una gran importancia, como parte esencial del movimiento de masas, del que, en determinadas condiciones, puede ser una parte decisiva. De suyo se comprende que concebía la plena igualdad social de la mujer como un principio completamente indiscutible para un comunista.

Nuestra primera entrevista prolongada sobre este tema tuvo lugar en el otoño de 1920, en el espacioso despacho de Lenin en el Kremlin. Lenin estaba sentado junto a su mesa, cubierta de papeles y de libros, testimonio de ocupaciones y de trabajo, pero no de un “genial desorden”.

— Indudablemente, debemos crear un potente movimiento femenino internacional sobre unas bases teó-

ricas claras y precisas -así inició él, luego de saludarnos, nuestra entrevista-. Sin teoría marxista no puede existir una buena labor práctica, esto es claro. Los comunistas necesitamos también en este problema la máxima pureza de principios. Debemos delimitar decididamente los campos entre nosotros y todos los demás partidos. Verdad es que, lamentablemente, nuestro II Congreso internacional¹ no ha conseguido examinar el problema femenino. Ha planteado la cuestión, pero no ha podido adoptar, una posición determinada. El asunto ha quedado empantanado en la comisión. Ésta debe elaborar una resolución, unas tesis y una línea firme. Pero hasta ahora ha avanzado poco en sus labores. Usted debe ayudar a la comisión en este sentido.

Yo había oído ya decir a otros lo que ahora me comunicaba Lenin y expresé mi asombro a este propósito. Estaba llena de entusiasmo por todo lo que las mujeres rusas habían hecho durante la revolución y por todo lo que ahora hacen para su defensa y su ulterior desarrollo. Por lo que se refiere a la situación y a la actividad de las mujeres en el Partido Bolchevique, a mí me parecía que en este aspecto el Partido era modelo. El Partido Bolchevique es el único que proporciona al movimiento femenino comunista internacional valiosas fuerzas, instruidas y probadas, siendo al mismo tiempo un gran ejemplo histórico.

— Esto es cierto, esto está muy bien —observó Lenin con una ligera sonrisa—. En Petrogrado, aquí

en Moscú, en las ciudades y en los centros industriales situados en lugares apartados, las proletarias se han comportado durante la revolución magníficamente. Sin ellas no habríamos vencido. O difícilmente habríamos vencido. Esta es mi opinión. ¡Qué valentía han demostrado, qué valientes son hoy! Figúrese los sufrimientos y las privaciones que padecen. Y sin embargo, se mantienen, se mantienen firmes, porque quieren defender los Soviets, porque quieren la libertad y el comunismo. Sí, nuestras obreras son admirables, son unas combatientes de clase. Se han hecho merecedoras de admiración y cariño. En general es preciso reconocer que incluso las damas «demócratas constitucionalistas» en Petrogrado, durante la lucha contra nosotros, dieron pruebas de más valor que los junkers².

Eso es verdad: en nuestro Partido hay comunistas seguras, inteligentes e infatigablemente activas. Podrían ocupar puestos de responsabilidad en los Soviets, en los comités ejecutivos, en los comisariados del pueblo, en las instituciones. Muchas de ellas trabajan día y noche, bien en el Partido, bien entre la masa proletaria y campesina, bien en el Ejército Rojo. Esto es para nosotros muy valioso. Y esto es importante para las mujeres del mundo entero, pues testimonia la capacidad de la mujer, el alto valor que reviste su trabajo para la sociedad. La primera dictadura proletaria abre verdaderamente el camino hacia la plena igualdad social de la mujer. Desarraiga los prejuicios

más que pudieran hacerlo montañas de libros sobre la igualdad de derechos de la mujer. No obstante, a pesar de todo esto, aún no tenemos un movimiento femenino comunista internacional, y debemos conseguirlo a toda costa. Debemos emprender inmediatamente su creación. Sin este movimiento, el trabajo de nuestra Internacional y de sus partidos no es completo ni podrá serlo jamás. Y nuestro trabajo revolucionario debe ser completo. Dígame cómo están las cosas en cuanto a la labor Comunista en el extranjero.

Le referí todo lo que yo podía conocer dado el escaso e irregular contacto que entonces existía entre los partidos adheridos a la Internacional Comunista. Lenin escuchaba con atención, ligeramente inclinado hacia adelante, sin dar señales de tedio, de impaciencia o de cansancio, siguiendo con el más profundo interés hasta los detalles de segundo orden. Yo no he conocido a nadie que supiera escuchar mejor que él y ordenar con mayor rapidez todo lo que oía, estableciendo la conexión general. Esto se veía por las breves preguntas, siempre muy precisas, que de cuando en cuando me hacía mientras yo le hablaba y por el modo cómo más tarde retornaba a uno u otro detalle de la conversación. Lenin tomó algunas notas.

Como es lógico, yo le hablé de manera particularmente detallada sobre el estado de cosas en Alemania. Le hice saber que Rosa Luxemburgo daba gran importancia a la tarea de incorporar a las más amplias

masas femeninas a la lucha revolucionaria. Cuando fue fundado el Partido Comunista, Rosa insistió en que debía publicarse un periódico consagrado al movimiento femenino. Cuando Leo Jognichés examinó conmigo el plan de trabajo del Partido, durante la última entrevista que tuvimos —día y medio antes de que lo matasen—, y me encomendó diferentes tareas, entre ellas figuraba un plan de trabajo de organización entre las obreras. En su primera Conferencia clandestina, el Partido se ocupó de este problema. Todas las agitadoras y dirigentes instruidas y expertas que se habían destacado en la anteguerra y durante la guerra, casi sin excepción, continuaban dentro de los partidos socialdemócratas de ambas tendencias y mantenían bajo su influencia a las masas de obreras, que atravesaban un estado de efervescencia. Sin embargo, también entre las mujeres se había constituido ya un pequeño núcleo de camaradas enérgicas y abnegadas, que tomaban parte en todo el trabajo y en la lucha de nuestro Partido. El propio Partido había organizado ya una actividad metódica entre las obreras. Naturalmente, todo esto no era más que el comienzo, pero un buen comienzo.

— No está mal, no está mal —dijo Lenin—. La energía, la abnegación y el entusiasmo de las comunistas, su valentía y su inteligencia en el período de la actividad clandestina o semiclandestina abren una buena perspectiva de desarrollo del trabajo. En el crecimiento del Partido y de su fuerza, la capacidad de

atraer a las masas y la organización de acciones son factores valiosos. Pero ¿cómo están las cosas en lo que se refiere a la clara comprensión de las bases de este problema y a la necesidad de instruir a los camaradas a este respecto? Pues esto reviste importancia decisiva para el trabajo de masas. Y no puedo recordar ahora quién ha dicho que «para acometer grandes empresas, hace falta entusiasmo». Nosotros y los trabajadores de todo el mundo tenemos aún por delante empresas efectivamente grandes. Pues bien, ¿qué es lo que infunde entusiasmo a vuestras camaradas, a las mujeres proletarias en Alemania? ¿Cómo están las cosas en lo relativo a su conciencia proletaria de clase? ¿Están concentrados sus intereses y su actividad en las reivindicaciones políticas del momento? ¿En qué están concentrados sus pensamientos?

Yo he oído decir a este propósito a los camaradas rusos y alemanes cosas extrañas. Debo hablarle de esto. Me han dicho que una comunista de talento edita en Hamburgo un periódico para las prostitutas y pretende organizarlas para la lucha revolucionaria. Rosa, como comunista, ha dado pruebas de sensibilidad humana cuando en un artículo ha salido en defensa de una prostituta encarcelada por haber infringido las normas policíacas relacionadas con su lamentable oficio. Estas víctimas dobles de la sociedad burguesa son dignas de compasión. En primer término, son víctimas del maldito sistema de propiedad imperante

en dicha sociedad, y, además, son víctimas de una maldita hipocresía moral. Esto es claro. Sólo una persona grosera y miope puede olvidarlo. Pero una cosa es comprender esto y otra muy distinta —¿cómo decirlo?— organizar a las prostitutas como un destacamento combativo revolucionario especial y publicar para ellas un órgano profesional de prensa. ¿Acaso no hay ya en Alemania obreras industriales a las que es preciso organizar, para las que debe existir un periódico y a las que es necesario atraer a vuestra lucha? Aquí de lo que se trata es de una desviación morbosa. Esto me hace recordar mucho la moda literaria que presentaba a cada prostituta como una virgen seráfica. Ciertamente, la raíz de ese punto de vista también era sana: simpatía social, indignación contra la hipocresía moral de la honorable burguesía. Pero el principio sano se había dejado llevar por la descomposición burguesa y había degenerado. También en nuestro país la prostitución nos planteará aún muchas tareas arduas. Hacer que la prostituta retorne al trabajo productivo, encontrar para ella un puesto en la economía social: a esto se reduce todo. Pero, dado el estado actual de nuestra economía y el conjunto de las contradicciones existentes, es difícil y complicado llevar esto a cabo. Ahí tiene usted un aspecto del problema femenino que, después de la conquista del Poder estatal por el proletariado, se plantea ante nosotros en toda su amplitud y exige solución. En la Rusia Soviética, esto

será para nosotros motivo de muchas preocupaciones. Pero volvamos al caso particular de Alemania. El Partido de ningún modo debe ver con tranquilidad estos actos anormales de sus miembros. Esto crea confusión y dispersa las fuerzas. Y usted misma, ¿Qué ha hecho para impedirlo?

Antes de que yo pudiera contestar, Lenin prosiguió:

— Clara, aún no he acabado de enumerar la lista de vuestras fallas. Me han dicho que en las veladas de lectura y discusión con las obreras se examinan preferentemente los problemas sexuales y del matrimonio. Como si esto fuera el objeto de la atención principal en la educación política y en el trabajo educativo. No pude dar crédito a esto cuando llegó a mis oídos. El primer Estado de la dictadura proletaria lucha contra los contrarrevolucionarios de todo el mundo. La situación en la propia Alemania exige la mayor cohesión de todas las fuerzas revolucionarias proletarias para hacer frente a la contrarrevolución que presiona cada vez más. ¡Y mientras tanto, las comunistas activas examinan los problemas sexuales y la cuestión de las formas del matrimonio en el presente, en el pasado y en el porvenir! Consideran como su deber más importante instruir a las obreras en este aspecto. Según dicen, el folleto más difundido es el de una comunista de Viena sobre la cuestión sexual. ¡Qué vacío es este librejito! Lo que en él hay de justo, los obreros lo han leído hace ya mucho en Bebel. Pero no bajo la forma

de un tedioso y torpe esquema, como en el folleto, sino bajo la forma de una agitación atrayente, impregnada de espíritu combativo contra la sociedad burguesa. Las alusiones que en el folleto se hacen a las hipótesis de Freud le dan una pretendida apariencia «científica», pero todo esto son mamarrachadas de un chapucero. La teoría de Freud es también ahora una especie de capricho que está en boga. Yo desconfío de las teorías sexuales expuestas en artículos, informes, folletos, etc., en una palabra, de esa literatura específica que tanto florece en el estercolero de la sociedad burguesa. Yo no confío en quien está constante y decididamente absorbido por los problemas sexuales, como un faquir indio por la contemplación de su ombligo. Creo que esta abundancia de teorías sexuales, que en su mayor parte son hipótesis, a menudo arbitrarias, obedece a necesidades personales. Obedece ni más ni menos al deseo de justificar ante la moral burguesa su propia vida sexual anormal o excesiva y de solicitar tolerancia para sí mismo. Este enmascarado respeto a la moral burguesa me es tan repelente como el afanoso escarbar en los problemas sexuales. Por muy rebelde y revolucionaria que aparente ser esta ocupación, en definitiva es eminentemente burguesa. Es una ocupación preferida por los intelectuales y por sectores próximos a ellos. En el Partido, entre el proletariado con conciencia de clase y combativo, no hay lugar para eso.

Al llegar aquí hice la observación de que las cuestiones sexuales y del matrimonio, bajo la dominación de la propiedad privada y del régimen burgués, dan origen de modo apremiante a multitud de tareas, conflictos y sufrimientos para las mujeres de todas las clases y capas sociales. La guerra y sus consecuencias han agudizado de manera extraordinaria para la mujer los conflictos y sufrimientos que ya existían precisamente en el terreno de las relaciones entre los sexos. Los problemas antes velados para la mujer han quedado al descubierto. A esto hay que añadir la atmósfera de la revolución que ha comenzado. El mundo de los viejos sentimientos y de las viejas ideas se resquebraja por todas sus junturas. Las viejas relaciones sociales se debilitan y se rompen. Surgen los brotes de nuevas premisas ideológicas, todavía no cristalizadas, para las relaciones humanas. El interés por estas cuestiones se explica por la necesidad de esclarecer la situación, por la necesidad de una nueva orientación. En esto se pone de manifiesto también la reacción contra las deformaciones y el engaño de la sociedad burguesa. Las modificaciones de las formas del matrimonio y de la familia a lo largo de la historia, en dependencia de la economía, ofrecen un medio cómodo para extirpar de las mentes de las obreras el prejuicio sobre la eternidad de la sociedad burguesa. La actitud crítica en cuanto a la historia de la sociedad burguesa debe transformarse en una decidida desarticulación del régimen burgués,

en un desenmascaramiento de su esencia y de las consecuencias derivadas de él, incluida la estigmatización de la falsa moral sexual. Todos los caminos conducen a Roma. Todo análisis marxista relativo a una parte importante de la superestructura ideológica de la sociedad y a un relevante fenómeno social debe desembocar en el análisis del régimen burgués y de su base: la propiedad privada; y todo análisis de este género debe llevar a la conclusión de que “hay que destruir Cartago”.

Lenin, sonriendo, asintió con la cabeza. — ¡Vaya, vaya! ¡Defiende usted como un abogado a sus camaradas y a su partido! Naturalmente, todo lo que usted dice es justo. Mas para la falta cometida en Alemania, esto, en el mejor de los casos, puede servir de disculpa, y no de justificación. La falta no ha dejado ni deja de ser falta. ¿Puede usted darme una garantía seria de que, en las veladas de lectura y de discusión, los problemas sexuales y del matrimonio son examinados desde el punto de vista de un materialismo histórico consecuente, basado en la vida? Esto presupone un conocimiento profundo y multilateral y un dominio marxista muy preciso de un material enorme. ¿Dónde tienen ustedes hoy camaradas con preparación para esto? Si los tuviesen, no podría ocurrir que un folleto como el mencionado fuese utilizado en calidad de material de estudio en las veladas de lectura y de discusión. En lugar de criticar este folleto, es recomendado

y difundido. ¿Cuál es, en definitiva, la consecuencia de este examen insatisfactorio y no marxista de la cuestión? Que los problemas sexuales y del matrimonio no se conciban como parte del problema social, que es el principal. Por el contrario, el gran problema social comienza a parecer una parte, un apéndice del problema sexual. Lo más importante queda relegado a un segundo plano como algo accesorio. Esto no sólo va en perjuicio de la claridad en esta cuestión, sino que, hablando en términos generales, nubla las mentes, nubla la conciencia de clase de las obreras.

Otra observación que no estará de más. Ya el sabio Salomón decía que cada cosa a su debido tiempo. Dígame, por favor, si es ahora el momento de hacer que las obreras se dediquen meses enteros a dilucidar cómo se ama y se es amado, cómo se corteja y se es cortejado. Y, naturalmente, en el pasado, en el presente, en el porvenir y entre los diferentes pueblos. Y a esto lo denominan luego con todo orgullo materialismo histórico. Actualmente, todos los pensamientos de las obreras deben estar concentrados en la revolución proletaria. Ella creará también la base para una renovación efectiva de las condiciones del matrimonio y de las relaciones entre los sexos. Pero ahora, ciertamente, destacan en el primer plano otros problemas distintos a las formas del matrimonio entre los negros australianos y a los matrimonios dentro de una misma familia en el mundo antiguo. La historia sigue planteando en el

orden del día al proletario alemán las cuestiones relativas a los Soviets, a la paz de Versalles³ y su influencia en la vida de las masas femeninas, al paro forzoso, al salario que desciende, a los impuestos y otras muchas cosas. En pocas palabras, me atengo a mi opinión de que este procedimiento de educación política y social de las obreras es desacertado, completamente desacertado. ¿Cómo ha podido usted callar? Usted debía haber opuesto a todo ello su autoridad.

Le expliqué a mi fogoso amigo que no había perdido ocasión de criticar, de hacer objeciones a las camaradas que ocupaban puestos de dirección y de intervenir en distintos lugares. Pero él sabía muy bien que nadie es profeta en su tierra y entre los suyos. Con mi crítica me gané la sospecha de que “en mí eran todavía fuertes los resabios de la posición socialdemócrata y del filisteísmo pasado de moda”. Sin embargo, al fin y al cabo, la crítica no había sido estéril. Las cuestiones sexuales y del matrimonio no son ya los puntos centrales en los círculos y en las veladas de discusión.

Lenin siguió desarrollando el hilo de sus ideas.

— Ya lo sé, ya lo sé —dijo—, de mí también se tiene, en relación con esto, la sospecha bastante arraigada de que soy un filisteo. Yo reacciono ante esto con tranquilidad. Los tiernos polluelos que apenas han salido del cascarón de las concepciones burguesas, son siempre terriblemente ingeniosos. Tenemos que avenirnos a ello, sin enmendarnos. El movimiento juvenil también

adolesce del planteamiento moderno de las cuestiones sexuales y de una excesiva preocupación por ellas.

Lenin cargó el acento con ironía en la palabra “moderno”, haciendo al mismo tiempo como si se desentendiera de esto.

— Según me han informado, las cuestiones sexuales son también objeto preferido de estudio en vuestras organizaciones juveniles. Se dice que no es tan fácil contar con el número suficiente de conferenciantes que traten el problema. Esta anormalidad es particularmente perniciosa para el movimiento juvenil, y particularmente peligrosa. Puede muy fácilmente contribuir a una excesiva excitación y desarreglo de la vida sexual de algunos y disipar la salud y las energías de la juventud. Ustedes desean luchar también contra este fenómeno. Pues entre el movimiento femenino y el juvenil hay no pocos puntos de contacto. Nuestras camaradas comunistas deben desplegar por doquier una labor metódica y conjunta con la juventud. Esto las elevará y las trasladará del mundo de la maternidad individual al mundo de la maternidad social. Es necesario contribuir a todo despertar de la vida social y de la actividad de la mujer, para que pueda superar la estrechez de su sicología casera y familiar pequeño-burguesa, individualista. Pero esto dicho sea de paso.

También en nuestro país una parte considerable de la juventud se dedica con todo celo a una «revisión de las concepciones y de la moral burguesas» en los pro-

blemas sexuales. Y debo añadir, una parte considerable de nuestra mejor juventud, de la que realmente promete mucho. La cuestión está planteada como usted acaba de indicar. En la atmósfera de las consecuencias de la guerra y de la revolución que ha comenzado, los viejos valores ideológicos se derrumban, perdiendo su fuerza de contención. Los nuevos valores cristalizan lentamente, a través de la lucha. Los puntos de vista sobre las relaciones humanas y sobre las relaciones entre el hombre y la mujer se radicalizan, lo mismo que los sentimientos y las ideas. Se establecen nuevos límites entre el derecho del individuo y el derecho de la colectividad y, por tanto, entre las obligaciones del individuo. Este es un proceso lento y frecuentemente muy doloroso de génesis y caducidad. Todo esto afecta también a la esfera de las relaciones sexuales, del matrimonio y de la familia. La desintegración, la podredumbre y la sordidez del matrimonio burgués, con las dificultades que ofrece para ser anulado, con la libertad para el marido y con la esclavitud para la mujer, así como la abominable falsedad de la moral y de las relaciones sexuales impregnan a las mejores personas de un sentimiento de profunda aversión.

El yugo de las leyes del Estado burgués relativas al matrimonio y a la familia agravan el mal y agudizan los conflictos. Es el yugo de la “sacrosanta propiedad privada”. Esta consagra la venalidad, la bajeza, la suciedad moral. El engaño convencional de la «respeta-

ble» sociedad burguesa corona el resto. Las gentes se rebelan contra las abominaciones y las perversidades imperantes. Y en esta época, cuando se desmoronan Estados poderosos, cuando caen rotas las viejas relaciones de dominio, cuando comienza a perecer todo un mundo social, en esta época las emociones del hombre experimentan rápidos cambios. El deseo vehemente de diversidad en los placeres adquiere fácilmente una fuerza irrefrenable. Las formas del matrimonio y de las relaciones entre los sexos en el sentido burgués no satisfacen ya. En el terreno del matrimonio y de las relaciones sexuales se aproxima una revolución en consonancia con la revolución proletaria. Se comprende que el cúmulo de cuestiones extraordinariamente complejo que esto plantea en el orden del día, preocupe hondamente tanto a la mujer como a la juventud. La una y la otra sufren con particular rigor las consecuencias de la actual irregularidad en la esfera de las relaciones sexuales. La juventud se subleva contra esto con el ímpetu propio de su edad. Esto se comprende. Nada más falso que predicar a la juventud un ascetismo monacal y la santidad de la sucia moral burguesa. Sin embargo, no está bien que en estos años las cuestiones sexuales, planteadas con intensa fuerza por causas naturales, pasen a ser las cuestiones centrales en la vida síquica de la juventud. Las consecuencias son sencillamente fatales.

Desde luego, la nueva actitud de la joven generación hacia las cuestiones de la vida sexual es una actitud “de principios” y se basa en una supuesta teoría. Muchos califican su posición de “revolucionaria” y “comunista”. Piensan sinceramente que esto es así. Yo, un viejo, no soy de esa opinión. Aunque no tengo nada de asceta sombrío, la llamada “nueva vida sexual” de la juventud —y frecuentemente de los adultos— me parece con bastante frecuencia una vida puramente burguesa, me parece una variedad de las respetables casas burguesas de tolerancia. Todo esto no tiene nada de común con el amor libre, como lo entendemos los comunistas. Usted, naturalmente, conoce la famosa teoría de que, en la sociedad comunista, satisfacer el deseo sexual y las inquietudes amorosas es una cosa tan sencilla y tan de poca importancia como beberse un vaso de agua. A causa de esta teoría del “vaso de agua” nuestra juventud ha perdido los estribos, sencillamente ha perdido los estribos. Esta teoría se ha convertido en un sino fatal para muchos jóvenes. Los partidarios de ella afirman que es una teoría marxista. Gracias sean dadas a este “marxismo”, para el que todos los fenómenos y cambios en la superestructura ideológica de la sociedad se deducen exclusivamente, de manera inmediata y directa, y sin excepción, de la base económica. La cuestión no es tan sencilla, ni mucho menos. Un tal Federico Engels estableció hace ya mucho esta verdad, referente al materialismo histórico.

Estimo que la famosa teoría del “vaso de agua” no tiene nada de marxista y, además, es antisocial. En la vida sexual se manifiesta no sólo lo que al hombre ha dado la naturaleza, sino también lo que —elevado o ruin— le ha reportado la cultura. En el *Origen de la familia*, Engels señalaba cuán significativo es que la simple atracción sexual se haya desarrollado hasta convertirse en el amor sexual individual y se haya ido elevando más y más. Las relaciones entre los sexos no son la simple expresión del juego entre la economía social y la necesidad física. No sería marxismo, sino racionalismo, tratar de reducir directamente a la base económica de la sociedad el cambio de estas relaciones por sí mismas, desligadas de su conexión general con toda la ideología. Naturalmente, la sed exige verse satisfecha. Mas ¿acaso una persona normal, en condiciones normales, se pondría en plena calle a beber de un charco enfangado? ¿O de un vaso cuyos bordes hayan pasado por decenas de labios? Pero lo más importante de todo es el aspecto social. Beber agua es cosa realmente individual. Pero en el amor participan dos, y surge una tercera, una nueva vida. Aquí aparece ya el interés social, surge el deber ante la colectividad.

Como comunista, no siento la menor simpatía por la teoría del “vaso de agua”, aunque ostente la etiqueta del “amor libre”. Por añadidura, ni es nueva ni es comunista. Usted, probablemente, recordará que esta teoría se preconizaba en la literatura, aproximadamen-

te a mediados del siglo pasado, como la “emancipación del corazón”. En la práctica burguesa, esta teoría se convirtió en la emancipación del cuerpo. Las prédicas en aquellos tiempos eran más inteligentes que ahora; en cuanto a la práctica, no puedo juzgar.

No es que yo quiera con mi crítica propugnar el ascetismo. Ni pensar en tal cosa. El comunismo debe traer consigo no el ascetismo, sino la alegría de vivir y el optimismo, suscitado también por la plenitud de la vida amorosa. Sin embargo, a mi juicio, el exceso de vida sexual que hoy se observa a menudo, lejos de reportar alegría vital y optimismo, los disminuye. En tiempos de revolución, esto es malo, muy malo.

La juventud necesita particularmente alegría vital y optimismo. Deporte saludable —gimnasia, natación, excursiones, ejercicios físicos de toda clase—, diversidad de inquietudes espirituales, estudio, análisis, investigación, ¡y todo ello, a poder ser, combinado! Todo esto da a la juventud más que las eternas conferencias y discusiones sobre los problemas sexuales y el llamado “goce de la vida”. ¡Una mente sana en un cuerpo sano! Ni un monje, ni un Don Juan, pero tampoco un filisteo alemán como término medio. Usted conocerá tal vez al joven camarada XYZ. ¡Magnífico e inteligente muchacho! Temo que, a pesar de todo, no saldrá de él nada de provecho. De una historia amorosa cae en otra. Esto no sirve ni, para la lucha política ni para la revolución. Tampoco garantizo la firmeza y el temple

en la lucha de aquellas mujeres cuyas veleidades amorosas se entrelazan con la política, y de aquellos hombres a quienes se les van los ojos tras cada falda y que se dejan enredar por cada mujercita joven. No, no, esto no concuerda con la revolución.

Lenin se puso de pie, golpeó con el puño en la mesa y dio unos cuantos pasos por la habitación.

— La revolución exige de las masas y de los individuos concentración interna y tensión de las fuerzas. No consiente estados orgiásticos como los que son habituales para los héroes y las heroínas decadentes de D'Annunzio. La incontinencia en la vida sexual es burguesa: es un signo de degeneración. El proletariado es una clase ascendente. No necesita de la embriaguez que le enerve o le excite. No necesita ni la embriaguez de la incontinencia sexual ni la embriaguez alcohólica. No piensa ni quiere olvidar la vileza, la putrefacción y la barbarie del capitalismo. Extrae los más fuertes estímulos para la lucha de la situación de su clase, del ideal comunista. Necesita claridad, claridad y una vez más claridad. Por eso, repito, no debe haber la menor debilidad, el menor despilfarro y agotamiento de fuerzas. El dominio de sí mismo y la autodisciplina no significan esclavitud; se necesitan igualmente en el amor. Pero perdóneme, Clara. Me he alejado mucho del punto de partida de nuestra conversación. ¿Por qué no me ha llamado usted al orden? La alarma me ha obligado a hablar de más. El futuro de nuestra

juventud me inquieta profundamente. Es una parte de la revolución. Y si los fenómenos perniciosos de la sociedad burguesa comienzan a extenderse al mundo de la revolución, como las raíces ampliamente ramificadas de algunas malas hierbas, es mejor oponerse a esto a tiempo. Además, las cuestiones tratadas forman también parte del problema femenino.

Lenin hablaba con gran animación y fuerza persuasiva. Yo sentía que cada una de sus palabras brotaba del fondo de su alma: la expresión de su rostro así lo confirmaba. A veces, un enérgico movimiento de la mano subrayaba las ideas. Yo me asombraba de cómo Lenin dedicaba tanta atención para analizar, además de las cuestiones políticas de mayor trascendencia, los fenómenos aislados. Y no sólo los fenómenos de la Rusia Soviética, sino también los de los Estados capitalistas. Como magnífico marxista, consideraba lo aislado, en cualquier forma que se manifestase, en su conexión con lo grande, con el conjunto, apreciando lo que significaba para este conjunto. Su voluntad, la finalidad de su vida tendían por entero, inquebrantablemente, como una fuerza inexorable de la naturaleza, a acelerar la revolución, como obra de las masas. Apreciaba todo de acuerdo con la influencia que ello pudiera ejercer sobre las fuerzas conscientes y combativas de la revolución, tanto nacionales como internacionales, ya que siempre tenía ante sí la revolución proletaria mundial única e indivisible, tomando en consideración todas

las particularidades de los distintos países, producto de la historia, y las diversas etapas de su desarrollo.

— ¡Cuánto lamento, camarada Lenin —exclamé—, que sus palabras no sean oídas por cientos, por miles de personas! Usted sabe que a mí no hay que convenirme. Pero ¡qué importante sería que escucharan su opinión los amigos y los enemigos!

Lenin se sonrió bonachonamente.

— Tal vez algún día pronuncie un discurso o escriba algo sobre estas cuestiones. Más tarde, ahora no. Ahora todo el tiempo y todas las energías deben concentrarse en otra cosa. Hay preocupaciones más importantes y más graves.

La lucha por mantener y fortalecer el Poder soviético está lejos de haberse terminado. Debemos esforzarnos por asimilar lo mejor posible el desenlace de la guerra con Polonia⁴. En el Sur está aún Wrángel. Es cierto que yo tengo la firme seguridad de que le ajustaremos las cuentas. Esto obligará a reflexionar a los imperialistas ingleses y franceses y a sus pequeños vasallos. Pero tenemos por delante todavía la parte más difícil de nuestra tarea: el restablecimiento de la economía. En el proceso del mismo adquirirán también importancia las cuestiones sexuales, las cuestiones del matrimonio y de la familia. Pero mientras tanto ustedes deben luchar, cuando y donde sea preciso. No deben permitir que estas cuestiones se traten de un modo

no marxista y abonen el terreno para desviaciones y deformaciones desorganizadoras. Por fin ha llegado el momento de hablar del trabajo de usted.

Lenin miró al reloj.

— La mitad del tiempo de que dispongo —dijo— ha pasado ya. Me he extendido demasiado. Usted debe escribir unas tesis directrices sobre el trabajo comunista entre las mujeres. Conozco su enfoque de principios y su experiencia práctica. Por eso nuestra conversación en torno a esta labor será breve. Veamos. ¿Cómo concibe usted estas tesis?

En pocas palabras le di a conocer lo que yo pensaba. Lenin asintió con la cabeza repetidas veces, sin interrumpirme. Cuando terminé, le miré en espera de su opinión.

— Está bien —dijo—. Además, sería bueno que presentase usted un informe sobre esto en una asamblea de mujeres militantes responsables del Partido y que se discutiese la cuestión. Es lamentable, muy lamentable que la camarada Inés no se encuentre aquí. Está enferma y ha marchado al Cáucaso. Después de la discusión, escriba usted las tesis. La comisión las examinará y el Comité Ejecutivo decidirá en definitiva. Yo expresaré mi opinión solamente sobre algunos puntos principales, en los que coincido por completo con usted. Me parecen también importantes para nuestro trabajo cotidiano de agitación y propaganda, ya

que deseamos preparar acciones eficaces y combates victoriosos.

Las tesis deben subrayar con rigor que la verdadera emancipación de la mujer sólo es posible a través del comunismo. Es preciso esclarecer profundamente el nexo indisoluble entre la situación de la mujer como persona y miembro de la sociedad y la propiedad privada sobre los medios de producción. Así delimitaremos con toda precisión los campos entre nosotros y el movimiento burgués por la “emancipación de la mujer”. Esto sentará también las bases para examinar el problema femenino como parte del problema social, obrero, y por tanto permitirá vincularlo firmemente con la lucha proletaria de clase y con la revolución. El movimiento comunista femenino debe ser un movimiento de masas, debe ser una parte del movimiento general de masas, no sólo del movimiento de los proletarios, sino de todos los explotados y oprimidos, de todas las víctimas del capitalismo. En esto consiste la importancia del movimiento femenino para la lucha de clase del proletariado y para su misión histórica creadora: la organización de la sociedad comunista. Podemos enorgullecernos con razón de que la flor y nata de las mujeres revolucionarias militan en nuestro Partido, en la Internacional Comunista. Pero esto no tiene todavía una importancia decisiva. Debemos atraer a millones de trabajadoras en la ciudad y en el campo a la participación en nuestra lucha, y en particular a la obra

de la reestructuración comunista de la sociedad. Sin las mujeres no puede existir un verdadero movimiento de masas.

De nuestra concepción ideológica se desprenden asimismo medidas de organización. ¡Nada de organizaciones especiales de mujeres comunistas! La comunista es tan militante del Partido como lo es el comunista, con las mismas obligaciones y derechos. En esto no puede haber ninguna divergencia. Sin embargo, no debemos cerrar los ojos ante los hechos. El Partido debe contar con organismos —grupos de trabajo, comisiones, comités, secciones o como se decida denominarlas— cuya tarea especial consista en despertar a las amplias masas femeninas, vincularlas con el Partido y mantenerlas bajo la influencia de éste. Para ello, naturalmente, es necesario que desarrollemos plenamente, una labor sistemática entre estas masas femeninas. Debemos educar a las mujeres que hayamos conseguido sacar de la pasividad, debemos reclutarlas y armarlas para la lucha proletaria de clase bajo la dirección del Partido Comunista. No solo me refiero a las proletarias que trabajan en la fábrica o se afanan en el hogar, sino también a las campesinas, a las mujeres de distintas capas de la pequeña burguesía. Ellas también son víctimas del capitalismo y desde la guerra lo son más que nunca. Psicología apolítica, no social, atrasada, de estas masas femeninas; estrechez del campo de su actividad, todo su modo de vida:

tales son los hechos. No prestar atención a esto sería inconcebible, completamente inconcebible. Necesitamos nuestros propios organismos para trabajar entre ellas, necesitamos métodos especiales de agitación y formas especiales de organización. No se trata de una defensa burguesa de los “derechos de la mujer”, sino de los intereses prácticos de la revolución.

Le dije a Lenin que sus razonamientos constituían para mí un apoyo valioso. Muchos camaradas, muy buenos camaradas, se oponían del modo más resuelto a que el Partido crease organismos especiales para una labor metódica entre las amplias masas femeninas. Llamaban a esto retorno a las tradiciones socialdemócratas, a la célebre “emancipación de la mujer”. Trataban de demostrar que los partidos comunistas, al reconocer por principio y plenamente la igualdad de derechos de la mujer, deben desarrollar su labor entre las masas trabajadoras sin diferencias de ninguna especie. La manera de trabajar entre las mujeres debe ser la misma que entre los hombres. Todo intento de tener en cuenta en la agitación o en la organización las circunstancias indicadas por Lenin es considerado por los defensores de la opinión opuesta como oportunismo, como traición y renuncia a los principios.

— Esto ni es nuevo ni sirve en modo alguno como prueba —replicó Lenin—. No se deje usted desorientar. ¿Por qué en ninguna parte, ni siquiera en la Rusia Soviética, no militan en el Partido tantas mujeres como

hombres? ¿Por qué el número de obreras organizadas en los sindicatos es tan reducido? Estos hechos obligan a reflexionar. La negación de la necesidad de organismos especiales para nuestro trabajo entre las extensas masas femeninas es una de las manifestaciones de una posición muy de principios y muy radical de nuestros “queridos amigos” del Partido Obrero Comunista⁵. Según ellos, debe existir una sola forma de organización: la Unión obrera. Ya lo sé. Muchas cabezas de mentalidad revolucionaria, pero embrolladas, se remiten a los principios cuando no ven la realidad, es decir, cuando la inteligencia se niega a apreciar los hechos concretos en los que se debe parar la atención. ¿Cómo hacen frente estos mantenedores de la “pureza de principios” a las necesidades que nos impone el desarrollo histórico en nuestra política revolucionaria?

Todos estos razonamientos se vienen abajo ante una necesidad inexorable: sin millones de mujeres no podemos realizar la dictadura proletaria, sin ellas no podemos llevar a cabo la edificación comunista. Debemos encontrar el camino que nos conduzca hasta ellas, debemos estudiar mucho, probar muchos métodos para encontrarlo.

Por eso es totalmente justo que presentemos reivindicaciones en favor de la mujer. Esto no es un programa mínimo, no es un programa de reformas en el espíritu socialdemócrata, en el espíritu de la II Internacional⁶. Esto no es el reconocimiento de que

creamos en la eternidad o al menos en una existencia prolongada de la burguesía y de su Estado. Tampoco es un intento de apaciguar a las masas femeninas con reformas y desviarlas de la lucha revolucionaria. Esto nada tiene de común con las supercherías reformistas. Nuestras reivindicaciones se desprenden prácticamente de la tremenda miseria y de las vergonzosas humillaciones que sufre la mujer, débil y desamparada bajo el régimen burgués. Con esto testimoniamos que conocemos estas necesidades, que comprendemos igualmente la opresión de la mujer, que comprendemos la situación privilegiada del hombre y odiamos —sí, odiamos— y queremos eliminar todo lo que oprime y atormenta a la obrera, a la mujer del obrero, a la campesina, a la mujer del hombre sencillo e incluso, en muchos aspectos, a la mujer de la clase acomodada. Los derechos y las medidas sociales que exigimos de la sociedad burguesa para la mujer, son una prueba de que comprendemos la situación y los intereses de la mujer y de que bajo la dictadura proletaria las tendremos en cuenta. Naturalmente, no con adormecedoras medidas de tutela; no, naturalmente que no, sino como revolucionarios que llaman a la mujer a trabajar en pie de igualdad por la transformación de la economía y de la superestructura ideológica.

Aseguré a Lenin que compartía su punto de vista, pero que, indudablemente, este punto de vista encontraría resistencia. Mentes inseguras y medrosas lo

rechazarían como “oportunismo peligroso”. Tampoco se debe negar que nuestras actuales reivindicaciones para la mujer pueden ser comprendidas e interpretadas equivocadamente.

— ¡Qué le vamos a hacer! —exclamó Lenin, algo irritado— Este peligro se extiende a todo cuanto decimos y hacemos. Si por temor a él vamos a abstenernos de actos convenientes y necesarios, podemos convertirnos sencillamente en místicos contemplativos indios. ¡Nada de moverse, nada de moverse, no sea que caigamos desde la altura de nuestros principios! En nuestro caso no se trata sólo de lo que exijamos, sino de cómo hagamos esto. Yo creo que lo he subrayado con suficiente claridad. Como es lógico, en nuestra propaganda no debemos repasar en actitud orante las cuentas del rosario de nuestras reivindicaciones para la mujer. No, en dependencia de las condiciones existentes debemos luchar ora por unas reivindicaciones, ora por otras, luchar, naturalmente, siempre en relación con los intereses generales del proletariado.

— Como es lógico, cada combate nos pone en contradicción con la honorable camarilla burguesa y sus no menos honorables lacayos reformistas. Ello obliga a estos últimos bien a luchar a nuestro lado, bajo nuestra dirección —cosa que ellos no quieren—, bien a quitarse la máscara. Por tanto, la lucha hace que nos destaquemos con relieve, pone de manifiesto nuestro perfil comunista. La lucha nos granjea la con-

fianza de las amplias masas femeninas, que se sienten explotadas, esclavizadas, agobiadas por el dominio del hombre, por el poder de los patronos y por toda la sociedad burguesa en su conjunto. Las trabajadoras, traicionadas y abandonadas por todos, comienzan a comprender que deben luchar junto con nosotros. ¿Debemos aún persuadirnos unos a otros de que la lucha por los derechos de la mujer tiene que estar vinculada con el objetivo fundamental: con la conquista del Poder y la instauración de la dictadura del proletariado? Esto es para nosotros en los momentos actuales y seguirá siendo el alfa y omega. Esto es claro, completamente claro. Pero las amplias masas femeninas trabajadoras y populares no sentirán el anhelo irresistible de compartir con nosotros la lucha por el Poder del Estado si siempre trompeteamos exigiendo esta sola reivindicación, aunque, sea con las trompetas de Jericó. ¡No, no! También en la conciencia de las masas femeninas debemos vincular políticamente nuestro llamamiento con los sufrimientos, las necesidades y los deseos de las trabajadoras. Estas deben saber que la dictadura proletaria significa para ellas la plena igualdad de derechos con el hombre tanto ante la ley como en la práctica, en la familia, en el Estado y en la sociedad, así como también el derrocamiento del poder de la burguesía.

La Rusia Soviética está demostrando esto —exclámé—, y nos servirá de gran ejemplo!

Lenin prosiguió.

— La Rusia Soviética plantea nuestras reivindicaciones para la mujer bajo un aspecto nuevo. En la dictadura del proletariado esas reivindicaciones ya no son objeto de lucha entre el proletariado y la burguesía, sino que son ladrillos para la edificación de la sociedad comunista. Esto muestra a las mujeres de más allá de nuestras fronteras la importancia decisiva de la conquista del Poder por el proletariado. La diferencia entre su situación aquí y allí debe ser establecida con precisión, para que ustedes puedan contar con las masas femeninas en la lucha de clase revolucionaria del proletariado. Saber movilizarlas con una clara comprensión de los principios y sobre una firme base organizativa, es cuestión de la que dependen la vida y la victoria del Partido Comunista. Pero no debemos engañarnos. En nuestras secciones nacionales no existe todavía una comprensión cabal de este problema. Nuestras secciones nacionales mantienen una actitud pasiva y expectante ante la tarea de crear bajo la dirección comunista un movimiento de masas de las trabajadoras. No comprenden que desplegar ese movimiento de masas y dirigirlo constituye una parte muy importante de toda la actividad del Partido, incluso la mitad del trabajo general del Partido. El reconocimiento, a veces, de la necesidad y del valor de un potente movimiento femenino comunista, que tenga ante sí un objetivo claro, es un reconocimiento platónico de palabra, y no una preocupación y un deber constantes del Partido.

Nuestras secciones nacionales conciben la labor de agitación y propaganda entre las masas femeninas, su despertar y su radicalización como algo secundario, como una tarea que afecta exclusivamente a las mujeres comunistas. Se reprocha a las comunistas que esta obra no avanza con la debida rapidez y energía. ¡Esto es injusto, totalmente injusto! Verdadero separatismo e igualdad de derechos de la mujer *à la rebours*, como dicen los franceses, es decir, igualdad de derechos de la mujer al revés. ¿En qué se basa esta posición errónea de nuestras secciones nacionales? (No hablo de la Rusia Soviética). En definitiva, esto no es otra cosa que una subestimación de la mujer y de su trabajo. Eso es. Lamentablemente, de muchos de nuestros camaradas aún se puede decir: “Escarbad en un comunista y encontraréis a un filisteo”. Naturalmente, es preciso escarbar en el punto sensible: en su sicología con relación a la mujer. ¿Existe prueba más evidente que el hecho de que los hombres vean con calma cómo la mujer se desgasta en el trabajo doméstico, un trabajo menudo, monótono, agotador y que le absorbe el tiempo y las energías; cómo se estrechan sus horizontes; se nubla su inteligencia, se debilita el latir de su corazón y decae la voluntad? Naturalmente, no aludo a las damas burguesas, que encomiendan todos los quehaceres domésticos, incluido el cuidado de los niños, a personas asalariadas. Todo lo que digo se refiere a la inmensa mayoría de las mujeres, com-

prendidas las mujeres de los obreros, aunque se pasen todo el día en la fábrica y ganen su salario.

Son muy pocos los maridos, hasta entre los proletarios, que piensen en lo mucho que podrían aliviar el peso y las preocupaciones de la mujer, e incluso suprimirlos por completo, si quisieran ayudar “a la mujer en su trabajo”. No lo hacen, por considerarlo reñido con “el derecho y la dignidad del marido”. Este exige descanso y confort. La vida casera de la mujer es un sacrificio diario en miles de detalles nimios. El viejo derecho del marido a la dominación continúa subsistiendo en forma encubierta. Su esclava se venga de él objetivamente por esta situación, también en forma velada: el atraso de la mujer, su incomprensión de los ideales revolucionarios del marido debilitan el entusiasmo de éste y su decisión de luchar. Estos son los pequeños gusanos que corroen y minan las energías de modo imperceptible y lento, pero seguro. Conozco la vida de los obreros, y no sólo a través de los libros. Nuestro trabajo comunista entre las masas femeninas, nuestra labor política comprende una parte considerable de trabajo educativo entre los hombres. Debemos extirpar hasta las últimas y más pequeñas raíces del viejo punto de vista propio de los tiempos de la esclavitud. Debemos hacerlo tanto en el Partido como en las masas. Esto afecta a nuestras tareas políticas, lo mismo que la imperiosa necesidad de formar un núcleo de camaradas —hombres y mujeres— que

cuenten con una seria preparación teórica y práctica para realizar e impulsar la labor de Partido entre las trabajadoras.

A mi pregunta sobre las condiciones existentes en la Rusia Soviética, Lenin contestó:

— El Gobierno de la dictadura del proletariado, en alianza, naturalmente, con el Partido Comunista y los sindicatos, hace todos los esfuerzos necesarios para superar las concepciones atrasadas de los hombres y las mujeres y acabar así con la base de la vieja sicología no comunista. Huelga decir que se ha efectuado la plena igualdad de derechos del hombre y la mujer en la legislación. En todas las esferas se observa un deseo sincero de llevar a la práctica esta igualdad. Estamos incorporando a las mujeres al trabajo en la economía soviética, en los organismos administrativos, en la legislación y en la labor de gobierno. Les estamos abriendo las puertas de todos los cursillos y centros docentes para elevar su preparación profesional y social. Estamos creando diversos establecimientos públicos: cocinas y comedores, lavaderos y talleres de reparación, casas-cuna, jardines de la infancia, orfanatos y todo género de establecimientos educativos. En una palabra, estamos aplicando de verdad la reivindicación de nuestro programa de transmitir las funciones económicas y educativas de la vida doméstica individual a la sociedad. De este modo, la mujer es liberada de la vieja esclavitud doméstica y de toda dependencia

del marido. Se le brinda la plena posibilidad de actuar en la sociedad de acuerdo con sus capacidades e inclinaciones. En cuanto a los niños, se les ofrecen condiciones más favorables para su desarrollo que las que pudieran tener en casa. En nuestro país existe la legislación más avanzada del mundo en lo que atañe a la protección del trabajo femenino. Delegados de los obreros organizados la llevan a la práctica. Estamos organizando casas de maternidad, casas para la madre y el niño, consultorios para las madres, organizamos cursillos para aprender a cuidar a los niños de pecho y de corta edad, exposiciones sobre la protección de la maternidad y de la infancia, etc. Hacemos los mayores esfuerzos para satisfacer las necesidades de las mujeres cuya situación material no está asegurada y de las trabajadoras en paro forzoso.

Sabemos muy bien que todo esto es todavía poco en comparación con las necesidades de las masas femeninas trabajadoras, que esto es aún completamente insuficiente para su efectiva emancipación. Pero esto representa un paso gigantesco hacia adelante con respecto a lo que existía en la Rusia zarista, capitalista. Esto es incluso mucho en comparación con lo que se hace allí donde el capitalismo ejerce aún su dominio absoluto. Este es un buen comienzo. El rumbo es acertado, y lo seguiremos de manera consecuente, con toda nuestra energía. Ustedes, en el extranjero, pueden estar seguros de ello. Cada día de existencia

del Estado soviético nos hace ver con más claridad que no avanzaremos sin el concurso de millones de mujeres. Figúrese lo que esto significa en un país donde el 80% de la población por lo menos, son campesinos. La pequeña hacienda campesina significa la economía doméstica individual y el sometimiento de la mujer a ella. En este sentido, la situación será para ustedes mucho mejor, las cosas les serán más fáciles que a nosotros, naturalmente, a condición de que vuestras masas proletarias tomen conciencia de su madurez histórica objetiva para la conquista del Poder, para la revolución. No desesperemos. Nuestras fuerzas crecen junto con las dificultades. La necesidad práctica hará que encontremos nuevos caminos en lo que se refiere a la emancipación de las masas femeninas. Unida al Estado soviético la solidaridad fraternal llevará a cabo grandes empresas. Naturalmente, la solidaridad fraternal en el sentido comunista, y no en el sentido burgués en que la predicán los reformistas, cuyo entusiasmo revolucionario se ha evaporado como un vinagre barato. A la par de la solidaridad fraternal debe manifestarse la iniciativa personal, que se transforma en actividad colectiva y se funde con ella. Bajo la dictadura del proletariado, la emancipación de la mujer mediante la realización del comunismo tendrá lugar también en el campo. En este sentido, cifro todas mis esperanzas en la electrificación de nuestra industria y de nuestra agricultura. ¡Esta es una obra grandiosa!

Las dificultades que ofrece son grandes, gigantescas. Para remontarlas es necesario desplegar y educar las poderosas fuerzas de las masas. Millones de mujeres deben participar en esto.

Durante los diez minutos últimos llamaron dos veces a la puerta, pero Lenin continuó hablando. Al llegar aquí, abrió la puerta y dijo en voz alta:

¡Ahora voy!

Volviéndose hacia mí, añadió sonriente.

— ¿Sabe, Clara?, me aprovecharé de que he conversado con una mujer, y para justificar mi tardanza alegaré, naturalmente, la consabida locuacidad femenina. Aunque, en realidad, quien ha hablado mucho esta vez ha sido un hombre, y no una mujer. Por cierto, debo decir que usted sabe escuchar con toda seriedad. Tal vez sea eso lo que me ha hecho extenderme tanto.

Después de hacer esta ingeniosa observación, Lenin me ayudo a ponerme el abrigo:

— Debía usted abrigarse mejor —me dijo preocupado—. Moscú no es Stuttgart. Hay que mirar por usted. No se enfríe. Hasta la vista.

Me estrechó fuertemente la mano.

* * * * *

Mi siguiente conversación con Lenin sobre el movimiento femenino tuvo lugar unas dos semanas después. Lenin vino a verme. Como casi siempre, su visita

fue inesperada, improvisada, hecha en un intervalo de la gigantesca labor del jefe de la revolución victoriosa. Lenin tenía el aspecto de un hombre muy cansado y preocupado. Wrangel aún no había sido definitivamente derrotado, y el problema del abastecimiento de las grandes ciudades se alzaba ante el Gobierno soviético como una esfinge inexorable.

Lenin preguntó cómo estaban las cosas en relación con las tesis. Le dije que se había reunido una comisión numerosa, en la que habían estado presentes y habían opinado todas las comunistas destacadas que se encontraban en Moscú. Las tesis estaban preparadas y ahora tenían que ser examinadas en el seno de una comisión más reducida. Lenin indicó que se debía aspirar a que el III Congreso mundial estudiase la cuestión con la debida profundidad⁷. Este solo hecho bastaría para acabar con los prejuicios de muchos camaradas. En primer término debían encargarse de ello las comunistas, y además muy en serio.

— No trinar como buenas comadres, sino hablar a plena voz, como combatientes, hablar con claridad —exclamó Lenin con animado tono—. El Congreso no es un salón en el que las damas deban brillar por sus encantos, como se dice en las novelas. El Congreso es una palestra de lucha, en la que combatimos a fin de llegar a conocer la verdad, indispensable para la acción revolucionaria. Demuestren ustedes que son capaces de luchar. Naturalmente, en primer término contra los

enemigos, pero también en el seno del Partido cuando haga falta. El problema afecta a las grandes masas femeninas. Nuestro Partido ruso apoyará siempre todas las proposiciones y medidas que ayuden a conquistar a estas masas. Si las mujeres no están con nosotros, los contrarrevolucionarios pueden lograr que vayan contra nosotros. Esto lo debemos tener siempre en cuenta.

— Las masas femeninas deben ser nuestras, aunque estén atadas con cadenas al cielo —dije, recogiendo la idea de Lenin—. Aquí, en el centro de la revolución con su vida impetuosa, con su pulso acelerado e intenso, he concebido el plan de un gran acto internacional de las masas femeninas trabajadoras. El móvil impulsor de mi idea han sido sobre todo vuestras conferencias y congresos de mujeres sin partido. Deberíamos hacer intentos para convertir estos comicios nacionales en internacionales. El hecho indudable es que la guerra mundial y las consecuencias derivadas de ella han conmovido profundamente a las amplias masas femeninas de las distintas clases y capas sociales. Atraviesan un estado de efervescencia, se han puesto en movimiento. Las amargas preocupaciones para asegurar su subsistencia y dar sentido a su vida les plantean cuestiones cuya existencia apenas sospechaba la mayoría de ellas y de las que sólo una minoría había tomado plena conciencia. La sociedad burguesa no está en condiciones de darles respuesta satisfactoria. Sólo la puede dar el comunismo. Debemos hacer que las amplias masas

femeninas de los países capitalistas lo comprendan, y para ello debemos convocar un Congreso internacional de mujeres sin partido.

Lenin no contestó en seguida. Se quedó pensativo, con la mirada dirigida, por decirlo así, hacia adentro, apretando fuertemente los labios y adelantando un poco el inferior.

— Sí —dijo después—, debemos hacerlo. Es un buen plan. Pero un plan bueno, incluso magnífico, no tiene ningún valor si no es realizado bien. ¿Ha pensado usted ya en cómo ponerlo en práctica? ¿Cómo concibe usted esto?

Expuse detalladamente a Lenin mis consideraciones a este propósito. Primero debía constituirse, en estrecho y permanente contacto con nuestras secciones nacionales, un Comité integrado por mujeres comunistas de distintos países para preparar, celebrar y utilizar el Congreso. Era preciso estudiar desde el punto de vista de la conveniencia la cuestión de si este Comité debía actuar inmediatamente con carácter oficial y público. En todo caso, la primera tarea de los miembros de Comité consistía en entrar en contacto en los distintos países con las dirigentes de las obreras organizadas en los sindicatos, con las dirigentes del movimiento político femenino proletario, con organizaciones femeninas burguesas de todo género y de todas las tendencias y, por último, con eminentes mujeres médicas, maestras, escritoras, etc., y formar una comisión nacional

preparatoria sin partido. De entre los miembros de estos comités nacionales debía constituirse un Comité internacional, encargado de preparar la convocatoria del Congreso internacional y de fijar el orden del día, el lugar y la fecha de la inauguración del Congreso.

A mi juicio, el Congreso debía examinar en primer término el derecho de la mujer a trabajar en las diversas profesiones. Sería preciso tratar las cuestiones del paro forzoso, del salario igual a trabajo igual, de la promulgación de leyes estableciendo la jornada de ocho horas y la protección del trabajo de las obreras, de la organización de los sindicatos, de la protección social de la madre y del niño, de las medidas sociales para aliviar la situación de las amas de casa y de las madres, etc. Además, en el orden del día debía figurar: la situación de la mujer en el derecho familiar y matrimonial y en el derecho público, político. Después de argumentar estas propuestas, añadí que, a mi juicio, los comités nacionales de los diversos países debían preparar a fondo el Congreso mediante una campaña metódica desarrollada a través de las asambleas y de la prensa. Esta campaña era de una importancia extraordinaria. Debía despertar a las amplias masas femeninas, impulsarlas a un estudio serio de las cuestiones sometidas a examen, hacer que concentrasen su atención en el Congreso y, por lo mismo, en el comunismo y en los partidos de la Internacional Comunista. La campaña debía, desplegarse entre las trabajadoras de todas las

capas sociales. Debía asegurar que asistiesen al Congreso y colaborasen con él representantes de todas las organizaciones previstas, así como delegadas de asambleas femeninas públicas. El Congreso debía ser un “organismo representativo popular” en un sentido completamente distinto al de los parlamentos burgueses.

Era de todo punto evidente que las comunistas debían ser no sólo la fuerza motriz, sino la fuerza dirigente en la labor preparatoria, a la que se debía prestar el apoyo más enérgico por parte de nuestras secciones. Todo esto, naturalmente, se refería asimismo a la actividad del Comité internacional, a las labores del propio Congreso y a su más amplia utilización. Para todas las cuestiones del orden del día del Congreso debían ser propuestas tesis comunistas y las correspondientes resoluciones, cuidadosamente elaboradas desde el punto de vista de los principios e inteligentemente razonadas, con un enfoque científico de los hechos sociales. Estas tesis debían ser sometidas a examen previo y recibir la aprobación del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Las decisiones y consignas comunistas debían figurar en el centro de las labores del Congreso y de la atención pública. Una vez celebrado el Congreso, era necesario difundirlas por medio de la agitación y la propaganda entre las más amplias masas femeninas, a fin de que estas consignas determinasen en lo sucesivo las acciones internacionales de masas

de las mujeres. Como es lógico, una condición previa imprescindible era que las comunistas interviniesen en todos los comités y en el propio Congreso como un núcleo fuerte y homogéneo y que actuasen unidas, coordinando sus esfuerzos, con claridad de principios y de una manera firmemente metódica. No debía haber intervenciones discordes.

Durante mi exposición, Lenin asintió varias veces con la cabeza e hizo breves observaciones aprobatorias.

— Me parece, Clara —dijo—, que usted ha pensado muy bien todo este asunto en el aspecto político y, en líneas generales, también en el sentido de la organización. Estoy de completo acuerdo con usted en que, en la presente situación, este Congreso podría realizar una importante labor. Encierra la posibilidad de que conquistemos a las más amplias masas femeninas, en particular a las masas de mujeres dedicadas a trabajos profesionales de toda especie: obreras industriales, trabajadoras del servicio doméstico, maestras y otras empleadas. ¡Esto estaría bien, muy bien! Piense en la situación. En un momento de grandes conflictos económicos o de huelgas políticas, ¡qué fuerza reportaría al proletariado revolucionario la indignación consciente de las masas femeninas! A condición, naturalmente, de que sepamos atraerlas y retenerlas a nuestro lado. Las ventajas serían grandes, incluso colosales. Pero ¿qué piensa usted sobre otras cuestiones? Probablemente,

las autoridades públicas estarán muy en contra de la convocatoria del Congreso e intentarán impedir su celebración. Sin embargo, difícilmente se atreverán a tomar medidas brutales contra él. En todo caso, esto a usted no le asusta. Pero ¿no teme usted que las comunistas, tanto en los comités como en el propio Congreso, se vean ahogadas por la superioridad numérica de las representantes de la burguesía y del reformismo y por su habilidad, indudablemente superior? Además, y ante todo, ¿está usted verdaderamente segura de la preparación marxista de nuestras camaradas comunistas y de que se puede reunir de entre ellas un grupo de choque que resista con honor el combate?

Respondí a Lenin que no era de esperar que las autoridades amenazasen al Congreso con su puño de hierro. Las burlas y los groseros ataques contra el Congreso servirían únicamente de agitación a su favor. Al número y a la habilidad de los elementos no comunistas podríamos oponer las comunistas la superioridad científica del materialismo histórico en el enfoque y la exposición de los problemas sociales y el carácter consecuente de nuestras reivindicaciones para la solución de los mismos. Por último —y esto no era lo menos importante—, podríamos oponer la victoria de la revolución proletaria en Rusia y su labor en orden a la emancipación de la mujer. El débil e insuficiente bagaje marxista de algunas camaradas podría ser equilibrado con la preparación metódica y

el trabajo mancomunado. En este sentido, de quienes más espero yo es de las comunistas rusas. Deberían formar el núcleo de hierro de nuestra falange. Con ellas yo me atrevería a lanzarme tranquilamente a algo más que a los combates del Congreso. Además, incluso si saliésemos derrotadas en la votación, el hecho mismo de nuestra lucha destacaría el comunismo al primer plano y tendría una gran importancia desde el punto de vista de la propaganda, creando al mismo tiempo para nosotras nuevos puntos de apoyo para la ulterior labor. Lenin se echó a reír a carcajadas.

— Sigue teniendo usted el mismo entusiasmo por las revolucionarias rusas. Sí, sí, él viejo amor no se olvida. Yo creo que usted tiene razón. Incluso la derrota después de una lucha tesonera sería una ventaja, sería la preparación de futuras conquistas entre las masas trabajadoras femeninas. En general, se trata de una empresa en la que vale la pena arriesgar. Nosotros no podemos en modo alguno salir perdiendo totalmente. Pero, como es natural, yo confío en la victoria, deseo la victoria de todo corazón. Nos proporcionaría una considerable vigorización de nuestra fuerza, la ampliación y el afianzamiento de nuestro frente de lucha, traería a nuestras filas animación, dinamismo y actividad. Esto siempre es útil. Además, el Congreso suscitaría en el campo de la burguesía y de sus amigos reformistas una mayor inquietud, inseguridad, contradicciones y conflictos.

Cabe imaginar quiénes se reunirían junto con las “hienas de la revolución” si este asunto siguiese adelante bajo su dirección: estarían allí presentes honestas y domesticadas socialdemócratas bajo la suprema dirección de Scheidemann, Dittmann y Legien; piadosas cristianas, unas bendecidas por el Papa y otras adictas a la doctrina de Lutero; auténticas hijas de consejeros secretos; consejeras de Estado de nuevo cuño; pacifistas inglesas de buen tono, como ladies, amén de entusiastas sufragistas francesas. ¡Qué cuadro de caos y de disgregación del mundo burgués sería el que ofreciese el Congreso! ¡Qué cuadro de su falta absoluta de perspectivas! El Congreso acentuaría la disgregación, contribuyendo así a debilitar las fuerzas de la contrarrevolución. Todo debilitamiento de las fuerzas del enemigo equivale a un acrecentamiento de nuestra potencia. Yo voto a favor del Congreso. Manos a la obra. Le deseo éxito en la lucha.

Hablamos luego de la situación de Alemania, y en particular del “Congreso de unificación” de los viejos “espartaquistas”⁸ con el ala izquierda de los independientes⁹ que iba a celebrarse en breve. Después de esto Lenin salió apresurado, saludando cordialmente a varios camaradas que trabajaban en la habitación de paso.

Emprendí con alegría y esperanza la labor preparatoria. Pero la idea del Congreso tropezó con la posición de las comunistas alemanas y búlgaras, que a la sazón

dirigían el movimiento femenino comunista más fuerte después del de la Rusia Soviética. Se opusieron categóricamente a la convocatoria del Congreso.

Cuando se lo comuniqué a Lenin, me respondió:

— ¡Es una lástima, una gran lástima! Estas camaradas han desaprovechado una magnífica oportunidad de abrir a las más amplias masas femeninas nuevas y mejores perspectivas y de atraerlas así a la lucha revolucionaria del proletariado. ¡Quién sabe si volverá a presentarse tan pronto una ocasión tan propicia! Hay que forjar el hierro en caliente. Pero la tarea sigue en pie. Usted debe continuar buscando el camino para llegar a las masas femeninas, condenadas por el capitalismo a una tremenda miseria. Usted debe buscarlo a toda costa. No se puede dar de lado a esta necesidad. Sin una actividad organizada de las masas bajo la dirección de los comunistas no puede haber, victoria sobre el capitalismo. Por eso debe, al fin, ponerse también en movimiento el Aqueronte de las masas femeninas.

* * * * *

Se ha cumplido el primer año en que el proletariado revolucionario ha actuado sin Lenin. Este año ha demostrado la firmeza de su causa, ha demostrado el genio extraordinario del guía. Las salvas artilleras recuerdan el momento luctuoso en que Lenin, un año atrás, cerró para siempre sus ojos, que escrutaban el lejano porvenir y penetraban tan hondo. Contemplo

las columnas interminables de hombres y mujeres en duelo del pueblo trabajador. Acuden al lugar en que descansa Lenin. El luto de estos hombres y de estas mujeres es el mío y el de millones. El dolor recrudecido despierta los recuerdos con fuerza inexorable. Ese dolor hace revivir la realidad ante la que desaparece el abrumador presente. Suena en mis oídos cada una de las palabras que pronunciara Lenin en el curso de la conversación. Veo cada cambio de la expresión de su rostro. Y debo escribir, debo hacerlo... Ante la tumba de Lenin se inclinan las banderas, teñidas en sangre de los combatientes de la revolución. Son depositadas coronas de laurel. Ninguna está de más. Y a ellas uno estas modestas hojas.

Enero de 1925.

Traducido de acuerdo con el texto del libro de Clara Zetkin Recuerdos sobre Lenin (Editorial del Estado de la Literatura Política, 1955), págs. 40-65.

Notas:

- 1 II Congreso de la Internacional Comunista, celebrado del 19 de julio al 7 de agosto de 1920*
- 2 Junkers: Alumnos de las escuelas militares de la Rusia zarista que preparaban oficiales, y quienes intentaron oponer resistencia armada al pueblo insurrecto y al Poder soviético, pero fueron derrotados.*

- 3 Tratado de paz de Versalles: *Tratado de paz imperialista, concluido después de la primera guerra mundial de 1914-1918. Su finalidad consistía en organizar el nuevo reparto del mundo capitalista en beneficio de las potencias vencedoras.*
- 4 *Se alude a la guerra de la Polonia burgués-terrateniente contra la República Soviética, que duró desde abril hasta octubre de 1920.*
- 5 Partido Obrero Comunista de Alemania: *Grupo pequeñoburgués anarcosindicalista, formado en 1919 a base de elementos “de izquierda” que se habían separado del Partido Comunista de Alemania.*
- 6 II Internacional: *Organización internacional de los partidos socialistas fundada en 1889. Al estallar la guerra imperialista mundial, los líderes de la II Internacional traicionaron la causa del socialismo y se colocaron al lado de sus gobiernos imperialistas.*
- 7 III Congreso de la Internacional Comunista: *Celebrado del 22 de junio al 12 de julio de 1921. Escuchó un informe de Clara Zetkin sobre el movimiento femenino revolucionario y adoptó importantes resoluciones.*
- 8 Espartaquistas: *Miembros de la Liga Espartaco, organización revolucionaria de socialdemócratas alemanes de izquierda, que realizó propaganda revolucionaria entre las masas contra la guerra imperialista, denunciando la política anexionista del imperialismo alemán y la traición de los líderes de la socialdemocracia; en diversas cuestiones de la teoría y la táctica tuvieron posiciones erróneas.*
- 9 Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania: *Partido centrista, fundado en abril de 1917 a base de elementos opositoristas del Partido Socialdemócrata Alemán.*

Clara Zetkin

(1857-1933)



Nació el 5 de julio de 1857 en Wiederau, Alemania, hija de un maestro rural de Sajonia. Cursó estudios de magisterio en Leipzig, entre los 19 y 21 años, época en la que se contactó con los estudiantes y emigrantes rusos, entre quienes se encontraba Ossip Zetkin, comunista alemán, con quien se casó en 1882.

En el período de guerra de 1870-1871, Clara entró al movimiento obrero. La comuna de París y su caída, la posterior represión y la persecución a los dirigentes, fueron hechos duros que vivió el movimiento obrero.

Clara Zetkin se instaló por algún tiempo en Austria, después de Linz y Zurich. En el verano de 1882, alojaba muchos refugiados rusos y alemanes. En ese mismo año se trasladó a París donde se casó con Ossip Zetkin y donde conoció a Luisa Michel (heroína de la Comuna de París) y a Jenny Marx, esposa de Carlos Marx, fundador del socialismo científico.

Entre 1889-1890 hubo un auge del movimiento obrero que se reflejó en la creación de partidos socialistas en distintos países, el cual permitió el resurgimiento de la Asociación Internacional de Trabajadores, llama-

da II Internacional, fundada en París en 1889, a cuyos trabajos preparatorios Clara Zetkin contribuyó. En 1893 participó en el III Congreso de la II Internacional en Zurich. Desde entonces, hasta que estalló la Primera Guerra Mundial, participó en todos los Congresos de la II Internacional.

Clara Zetkin se había planteado como un objetivo fundamental la organización del movimiento femenino. En el II Encuentro Internacional de Mujeres Socialistas, realizado en Copenhague, propuso la resolución que declaró el 8 de marzo como el Día Internacional de la Mujer. Las razones de la propuesta eran evidentes: en el curso de los años anteriores a 1910, habían tenido lugar numerosas huelgas de obreras y obreros en Estados Unidos y en Europa. En 1908, por ejemplo, 40 mil costureras industriales de grandes fábricas estadounidenses se habían declarado en huelga demandando el derecho de unirse a los sindicatos, mejores salarios, una jornada de trabajo menos larga, entrenamiento vocacional y el rechazo al trabajo infantil.

Clara Zetkin, como socialista, comprendió la importancia del movimiento femenino como parte del movimiento general de la clase obrera por su emancipación. Para ella no se trataba de crear un movimiento feminista para luchar contra los hombres, sino de movilizar a las mujeres, sobre todo a las obreras, para que unidas a los trabajadores en un único y poderoso movimiento obrero, cambiaran las causas de fondo

de la opresión de la mujer: el trabajo asalariado y la propiedad privada sobre los medios de producción. Su destacado papel en la organización de las mujeres, motivó que en 1920 fuera elegida Presidenta del Movimiento Internacional de las Mujeres Socialistas.

Clara Zetkin, sobre todo, fue una gran dirigente del movimiento obrero y esa es la razón de sus profundas convicciones para alentar a las mujeres a la lucha. Sabía que más de la mitad de ese movimiento está constituido por el elemento femenino, sin el cual no es posible el triunfo del socialismo. Su devoción a la causa obrera y su gran comprensión del movimiento histórico de la sociedad moderna la destacó como dirigente, no solo del Partido obrero en Alemania, sino de la III Internacional -Internacional Comunista-.

El 20 de junio de 1933, a la edad de 76 años, murió en Archangelskoje, cerca de Moscú. Su cuerpo fue sepultado en las murallas del Kremlin. Su nombre está ligado a la lucha de la clase obrera y en especial a las mujeres obreras que siguen encontrando en ella inspiración para conquistar la emancipación definitiva.